

“UN MISIONERO ESPAÑOL EN CHILE”

Andrés Aylwin A.

Agradezco al padre Jesús Rodríguez Iglesia su invitación a ser uno de los presentadores de su impactante libro “UN MISIONERO ESPAÑOL EN CHILE. Miradas Desde El Pueblo”. Se trata de un libro testimonial de gran autenticidad, profundamente humano, en muchos aspectos conmovedor. Digamos, además, un libro necesario en lo que se refiere a la descripción de lo que sucedió en Chile en las poblaciones periféricas de Santiago y del resto del país a partir del golpe militar del 11 de septiembre de 1979.

No dudo que este último aspecto relacionado con las violaciones a los derechos humanos en Chile es el que ha motivado al padre Jesús a elegirme para presentar su libro; y por lo mismo mis comentarios se referirán especialmente a este aspecto. Digamos, desde luego, que siento que el presente libro tiende a llenar lo que pudiéramos calificar como un evidente déficit o vacío en cuanto al análisis de la tragedia vivida por nuestro país en el pasado reciente: la visión del drama desde el punto de vista de los pobladores más marginados de nuestra sociedad.

Las primeras páginas del libro hacen mención a la niñez y juventud del autor en España. Él nace en el año 1928 en Galicia en el seno de una familia campesina modesta compuesta de 12 hijos de los cuales Jesús es el menor. Él será el primero en ese grupo familiar en acceder a la educación media o secundaria. La extrema pobreza y abandono del sector rural a que él pertenecía condenaba a los niños que nacían allí a emigrar en busca de trabajo ya fuera dentro de España o a otros lugares del Mundo, especialmente en países de Sudamérica.

En cuanto al autor del libro, en su calidad de emigrante en su juventud dentro de su patria y empleado fiscal o particular en diversas empresas, le tocó vivir al interior de España la dramática experiencia de la guerra civil española, el estallido de la guerra mundial y la dictadura de Franco. Es decir le correspondió ver y sufrir desde cerca la muerte, el horror

y la barbarie en sus máximas expresiones hasta el extremo de presenciar a su patria convertida dramáticamente en “DOS ESPAÑAS”.

Dentro de esta dolorosa realidad de muerte y barbarie, el autor, impregnado de una religiosidad popular y rural sencilla que nunca olvidaría, e impresionado por lo frágil y vulnerable del ser humano y, a su vez, su necesidad de trascendencia, sentiría surgir una clara y tardía vocación religiosa que lo llevaría a los 28 años a ingresar al Seminario. Concretamente, al “Colegio Mayor de Vocaciones Tardías de Salamanca”. Allí, en medio de estudios rigurosos, y en una ciudad culta, enriquecería su vocación religiosa y social y se impregnaría aún más de las grandes inquietudes socio-culturales de su tiempo incluida la opción de la Iglesia Católica por los pobres. En esta forma y con su alma de emigrante y misionero llegaría años después a Chile ¹⁹⁶⁵ (1964) a ejercer su ministerio en comunidades periféricas pobres ubicadas en Conchalí y El Salto y después en las poblaciones “José María Caro” y “La Victoria”. Dice el padre Jesús en su libro: “en ese tiempo tenía 36 años y aquí estoy en Chile hace ya 42” (pág. 29).

El relato que hace el padre Jesús sobre lo que le tocó ver y vivir en las expresadas comunas o poblaciones periféricas de Santiago es no solo impactante y conmovedor. Constituye, además, una indispensable expresión de parte importante de lo que fue nuestra historia en esos tiempos. No se trata, desde luego, de la historia general que aparece en los textos de estudio sino lo que el filósofo español Miguel de Unamuno calificaba como la “intra-historia”, es decir aquella forma de historia profunda y silenciosa que viven los seres humanos corrientes en su vida diaria en un período de tiempo concreto. Es, por lo mismo, complemento y parte esencial y viva de la gran historia. En este aspecto ya en el siglo XIX el escritor irlandés James Joyce con su novela “Ulises” revolucionó la literatura de su tiempo al describir en 700 páginas la vida de algunos seres humanos concretos durante 24 horas de un día cualquiera. El escritor José Luis Borges dijo sobre aquel libro que “en un día están en verdad los días del tiempo”, es decir la historia más profunda y verdadera de una época determinada. Digámoslo en otra forma: se trata de la historia escrita no

desde la visión de los que la hacen o escriben sino desde el punto de vista de los que la viven y la sufren.

Es esto último lo que, justamente, hace el padre Jesús Rodríguez en el libro que presentamos con respecto a la dictadura de Pinochet describiendo lo que le tocó ver y vivir en ese tiempo en poblaciones periféricas pobres. ¡Una fotografía auténtica de dolores terribles, horrores indignantes... también solidaridades y actos de heroísmo conmovedores!

Es esta forma tan especial de relatar la historia surgiendo ella desde el lugar marginal e ignorado donde el máximo dolor se expresa, lo que nos ha llevado a sostener anteriormente que el libro que comentamos es necesario pues en alguna medida importante contribuye a llenar una especie de vacío –tal vez un evidente vacío- en la literatura ya escrita sobre la dictadura militar y concretamente sobre las violaciones a los derechos humanos en nuestro país.

Y lo expreso así –“viene a llenar un gran vacío”- pues si bien es efectivo que se han escrito entre nosotros varias historias generales sobre el gobierno de Pinochet relatando sus arbitrariedades y crímenes. Y también investigadores u científicos políticos han hecho sesudos análisis sobre ese período. Y tampoco han faltado las memorias de políticos, militares o jueces como igualmente los análisis profundos sobre lo que sucedió en ese tiempo en la macro economía, en las letras, el periodismo o la cultura. Y también en las empresas estatales, la educación y la previsión escandalosamente paralizadas. Igualmente es cierto que muchos abogados, médicos e incluso prisioneros políticos han escrito sus experiencias. Tampoco se puede ignorar lo hecho por el Estado con los Informes Rettig o Valech. Si, todo eso es efectivo pero ello no obsta a que tenga la sanción que muy poco se ha escrito –o al menos difundido- proveniente del mundo de los más pobres y marginados; ¡sobre lo que fue la vida diaria de esos sectores durante los años de la dictadura. Es esa visión ausente la que toma vida en el libro del padre Jesús Rodríguez aprovechando sus vivencias de religioso misionero que vivió y pasaba las 24 horas del día junto a los más pobres y marginados de la ciudad, aquellos sobre los cuales la represión clasista cayó más dramáticamente en medio del desconocimiento o abandono casi absoluto de

la sociedad, salvo raras excepciones como la del padre Jesús y otros religiosos.

Si, el padre Jesús nos hace en su libro un significativo aporte al darnos a conocer lo que fue en esos días la vida diaria de los habitantes en las poblaciones marginales. Lo hace después de hacernos saber como fue su integración a ellas desde que llegó a Chile en calidad de misionero. El, actuando y viviendo dentro de esos sectores y con la experiencia de su España destrozada por el odio, le tendió la mano a todos, cualesquiera fuera su manera de ser, pensar o creer. Nos dice, al efecto, que la prédica del Evangelio es incompatible con la intolerancia y nos agrega que si la "PALABRA DE DIOS no siempre es bien recibida si lo es invariablemente el TESTIMONIO". El misionero debe vivir junto a los marginados y sufrientes de la sociedad y dar allí testimonio de lo que es su religión.

Fue con esa forma de actuar que el padre Jesús se abrió un espacio de hermandad y respeto en ese Mundo no obstante las grandes divisiones ideológicas y políticas que caracterizaron a la década del setenta. Por suerte, como señala el autor, nunca percibió en Chile el anti-claricalismo que le había tocado ver y vivir en su España natal por razones históricas que no es del caso analizar aquí.

Fue en este ambiente que llegó el día del golpe del 11 de septiembre de 1973 en medio de la angustia, la incertidumbre, la desesperación o el terror de los pobladores del sector. Muchos de los cuales se refugiaron esa misma noche en la Casa Parroquial.

Pronto empezaron los operativos militares o de los servicios de seguridad, los arrestos, el buscar a los detenidos en diversos lugares; el regresar de algunos de ellos salvajemente torturados y atemorizados... y el no regresar de otros después de días, semanas, meses o años. El vivir diariamente esa tragedia. El salir a buscar los cuerpos en los lugares donde a veces tiraban inhumanamente los cadáveres. Junto a ello los infiltrados, los informantes, los espías, las ratoneras, la cesantía, el hambre, los presos por visitar, las noches en vela, la impotencia, el no saber a quien recurrir, las autoridades y medios de comunicación cómplices de la maldad y el crimen;

la ausencia absoluta de justicia. Posiblemente todo eso lo sabemos ya pero distinto es vivirlo y sufrirlo día tras día en el mismo lugar en que el máximo horror se origina y el mayor dolor se vive y se expresa. Aquí está, a mi entender, el mayor valor del libro. ~~##~~

Es digno de destacarse que no obstante toda la violencia, la maldad y el dolor que se relatan en el libro su texto es en definitiva claramente esperanzador y ^{LO} así pues en medio de la maldad y el terror que parecieran aplastar todos los valores humanos positivos sin embargo de la masa humana sufriente surgen con fuerza la hermandad y la solidaridad expresada en el ~~Afirmación valores~~ ayudar generoso y el compartir el dolor con sentido profundo de comunidad fraterna. En la misma forma surgen también las ollas comunes o las bolsas de cesantes como respuesta colectiva frente a la desocupación y el hambre.

Por otra parte la afirmación de la libertad, la vida, la dignidad humana y la paz se hacen sentir en todas partes y especialmente en las sorprendentes clases de educación cívica solicitados por los propios pobladores, en los oficios religiosos o en las procesiones masivas que constituyen una afirmación pública de las ansias de libertad, de paz y de no violencia evangélica. Es una comunidad activa que, por ejemplo, condena al ~~vacío~~ ^{ABANDONO} a una capilla paralela que pretende levantar el régimen totalitario mientras llena y ocupa el templo de la Iglesia oficial. En ese mundo aplastado y sufriente surgen también jóvenes o adultos que piden que se les enseñe a rezar.

No ignoramos que en este tipo de libros testimoniales es fácil que el relato lleve al autor a asumir un rol excesivamente protagónico. No es el caso de este libro: el padre Jesús no es más que uno entre tantos, uno que ^{no cabe duda de que es} camina junto a muchos otros. Es cierto lo que el expresa desde el prologo: no se trata de las memorias de un religioso, ni mucho menos de una catequesis. Se trata simplemente de lo que le ha tocado ver a un hombre nacido en España que para vivir honestamente su vocación religiosa –según él lo entendió– optó por ser misionero. Y hoy se siente un privilegiado por haber podido serlo en poblaciones pobres y marginales de Chile, más aún

en un período de nuestra vida política en que fue necesaria más que nunca la voz de la Iglesia.

Esta característica del libro ^{EN} de que el gran sujeto de la historia que se relata no es el autor ^{del texto} sino una comunidad [↓] fundamentalmente de pobladores [↓] brota de todas [↓] sus páginas [↓]. ^{del libro que vamos a leer}

Es así cómo se habla de mujeres humildes cargadas de hijos que se hacen cargo de niños huérfanos, de pobladores que no obstante las torturas sufridas se arriesgan a dar antecedentes sobre otras personas que conocieron en campos de prisioneros ^A y, después desaparecidos [↓]; también de un poblador que crea una Organización para ayudar a presos ^{comunidad de} en las cárceles [↓] y sus familias; igualmente de jóvenes que crean comunidades para ayudar a la población o a los trabajos de la Iglesia [↓], e incluso para estudiar y transmitir valores morales a otros niños o jóvenes cuyos padres no están en condiciones de hacerlo, etc. etc.

Antes de terminar deseo expresar que no he extendido mis comentarios a aspectos más claramente teológicos del libro pues reconozco mis limitaciones en este aspecto y aquí esta como comentador el querido padre Cristián Precht. Por lo demás el prologo de monseñor Alejandro Goic es suficientemente clarificador sobre los méritos y seriedad del libro. No obstante lo dicho expreso mi mayor simpatía y adhesión a todas las inquietudes que el autor expresa, siempre dentro de una forma de ser suya profundamente respetuosa de distintas formas de vivir la vocación religiosa.

Por otra parte destaco también que parte importante de la fuerza y belleza del libro radica en el reiterado esfuerzo del autor en destacar a muchos y muchos otros religiosos que al igual que él han vivido el Evangelio junto al pueblo y que en momentos difíciles para Chile defendieron ineludiblemente –con palabras y con acciones- la libertad, la dignidad humana y los derechos conculcados de los más humildes de nuestra sociedad. En este aspecto los religiosos citados por el autor son innumerables –incluso varios sacrificaron su vida- y en la imposibilidad de nombrarlos a todos cito a dos obispos con jurisdicción justamente en el sector donde el padre Jesús ejerció su ministerio: monseñor Fernando Ariztía y monseñor Enrique Alvear: Me ha conmovido el cariñoso recuerdo

52 sacerdotes

de ambos como religiosos que en tiempos difíciles iluminaron caminos.
¡Entre ellos mi camino!.

En esta forma el libro es en todos los aspectos –pobladores o religiosos- el relato no de “uno” sino de “muchos que caminando juntos” dieron fiel testimonio de un Evangelio solidario y esperanzador.

Por otra parte no cabe duda de

~~Lo cierto~~ es que la vida y el libro del padre Jesús está claramente dentro de la ruta señalada ~~claramente~~ por la Quinta Conferencia del Episcopado Latino Americano de Aparecida donde entre muchas otras expresiones clarificadoras se dice que a Jesús se le encuentra de un modo especial entre los pobres y afligidos de tal modo que en la cercanía a ellas y la defensa de los derechos de los excluidos se juega, precisamente, nuestra fidelidad a Jesucristo (Nº 1).
257

ellos



Termino reiterando mis agradecimientos al padre Jesús Rodríguez por haberme invitado a presentar su libro que –reitero- era necesario, entre otros aspectos, en cuanto complementa el conocimiento de lo sucedido en nuestro pasado reciente con la visión desde el mundo de las masas humanas más marginadas y sufrientes. Ojalá que el mayor conocimiento de esa enorme tragedia contribuya a remover las conciencias de quienes temiendo poder olvidar a menudo –por frivolidad o falta de compromiso- el imperativo ético que surge del sufrimiento de los más marginados de construir una patria más solidaria, equitativa y fraterna.

En síntesis, gracias padre Jesús por su vida de misionero en Chile y por el libro que hoy presentamos.